

DON AMADO ALONSO, CRÍTICO LITERARIO¹

JUAN BAUTISTA DE AVALLE-ARCE
Etxeberria
Santa Ynez, California

LAUS IN EXCELSIS DEO
5 de octubre de 1996
Día de San Plácido

La personalidad polifacética de don Amado Alonso se estructuró sobre un fondo de vigoroso y experto *pelotari* navarro, destacado discípulo de don Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, director del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, maestro del más alto nivel en las universidades de Buenos Aires, La Plata, y aquí en Harvard, para mencionar algunas pocas solamente, ejemplar filólogo siempre, y en esta labor él supo combinar con maestría la lingüística (histórica, descriptiva, comparada) y la crítica literaria, asimismo en sus aspectos históricos y descriptivos. Fue un verdadero “maestro di color chi sanno”, según reza el verso dantesco. Hoy en día quiero considerar algo de su numerosa producción y labor como crítico literario, prestando especial atención a su *Ensayo sobre la novela histórica*, su primera obra de empuje en este campo.

Don Amado no tuvo tiempo de recoger su producción crítica ocasional *de re litteraria*, al revés de lo que ocurrió con sus estudios lingüísticos. Pero fiel discípulo de don Ramón Menéndez Pidal, siempre supo aunar la labor lingüística con la crítica histórico-literaria. Un ejemplo personal quizás sirva para ilustrar los parámetros que don Amado exigía de sus discípulos. Cuando me aceptó como miembro del viejo y

1. En su versión original ésta fue una conferencia leída en Harvard University en octubre, 1996, en el homenaje póstumo a la memoria de Don Amado con motivo del centenario de su nacimiento en Lerín, Navarra. Dicho homenaje fue organizado por los colegas del Departamento de Lenguas Romances de Harvard University.

glorioso Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, Don Amado me impuso como primera labor para la *Revista de Filología Hispánica*, a pesar de mi juventud e inexperiencia, una reseña de un libro escrito en italiano sobre los orígenes de la lírica romance.

La mayor parte de sus brillantes estudios de crítica literaria fueron recogidos después de su muerte en el tomo *Materia y forma en poesía*, publicado por la Editorial Gredos (dirigida por su íntimo amigo Dámaso Alonso), que vio la luz en 1954, gracias a los esfuerzos de su gran amigo y compañero Raimundo Lida, que le sucedió en sus labores docentes aquí en Harvard University. Unos veinte años antes de su muerte don Amado publicó en Buenos Aires dos estudios literarios de una misma extensión, casi, y que salieron en el volumen tercero de la Colección de Estudios Estilísticos que él había fundado como uno de los órganos publicitarios de su querido Instituto de Filología, institución modélica si las hubo. Dicho volumen, que salió en 1942, contiene un erudito y perspicaz *Ensayo sobre la novela histórica* y una profunda cala en *El modernismo en "La gloria de don Ramiro"*; estos dos títulos forman parte del título del volumen en cuestión. Algunos de los trabajos mencionados resumiré hoy, como muestra de su impar labor en los estudios literarios.

El *Ensayo sobre la novela histórica* parte de una distinción metodológica entre Historia y Arqueología, para subrayar de inmediato que, sin atención a lo que tengan de histórico, hay personajes literarios que por su acentuadísima personalidad se convierten en perenne expresión poética de valores humanos universales, tales como don Quijote o don Juan, para no salirnos de lo español. El enfoque pasa ahora a la oposición entre Historia y Poesía, que se remonta a disquisiciones y deslindes aristotélicos en su *Poética*. De manera similar se enfocan arqueología y poesía, e historia y arqueología en el arte, lo que le lleva a tratar de historia y poesía, oposición que mantiene en vigencia las declaraciones de Aristóteles en su *Poética*, ya mencionada. De allí pasa a la combinación de arqueología y poesía, y esto, en forma natural, desemboca en la presentación de la historia y la arqueología en el arte y así se llega al siglo de la historia, que lo es, en este contexto, el siglo XIX. Contra ese trasfondo don Amado atiende al hecho de que la historia provee material ahora, no ya sólo a la tragedia y a la epopeya, como venía ocurriendo desde las épocas clásicas, sino que comienza a ofrecer su material a manos llenas a la novela. La novela histórica halla entusiasta acogida entre los ideales del movimiento romántico. Basta pensar, entre los nuestros, en Mariano José de Larra y su *Doncel de don Enrique el Doliente*, de 1834, José de Espronceda y su *Sancho Saldaña o el castellano de*

Cuéllar, asimismo de 1834, y Enrique Gil y Carrasco y su *Señor de Bembibre*, de 1844.

En este momento de la formación y desarrollo del género de la novela histórica comienza a notarse el hecho de que en ocasiones el novelista encuentra algún aspecto de su obra, que en forma sustancial es ficción –conviene no olvidarlo–, encuentra que algún aspecto de su novela se halla en contradicción con los documentos históricos. Pero no hay desfallecimiento en el novelista porque él mantiene a pies juntillas que la verdad novelesca es de mayor y mejor crédito que la verdad histórica. Se cree más en la poesía que en la historia, lo que no deja de revelar un interesante aspecto de nuestra valorativa y sistema de valores.

De esta forma se puede rematar esta sección de *ensayo* (o sea teoría) sobre la novela histórica. Con todo este respaldo ideológico por detrás, don Amado se lanzó entonces a una ceñida *historia* de la novela histórica, en la cual tiene buen cuidado en destacar la labor hercúlea y ejemplar de Sir Walter Scott, cuya influencia resonó por los cuatro costados de Europa, y también penetró en América, como ilustran las novelas de la serie de *Leatherstocking*, de James Fenimore Cooper (1823-1841), o *Amalia* del argentino Jose Mármol (1851). De aquí se pasa en forma natural a la presentación de *I promessi sposi* de Alessandro Manzoni, y allí detectó lo que él denominó la *herejía* del gran novelista italiano. Para ahorrarme palabras y valorar en algo esta presentación, cito ahora al propio don Amado: “La herejía está en la interpretación que Manzoni da a lo verosímil como lo históricamente probable, con lo cual, en lugar de poner en lo sucedido y en lo verosímil dos criterios heterogéneos, dos medidas como el metro y el litro, son dos valores diferentes de una sola medida, como el metro físico y el metro industrial. Manzoni está tan afincado en la historia y en sus exigencias de verdad cuando habla de lo verosímil como cuando habla de lo positivo, cierto o histórico”.

Su presentación de la novela histórica realista culmina, como es natural y propio, con el estudio de *Salammbó* de Gustave Flaubert, cuya acción tiene lugar después de la primera guerra púnica. La publicación de esta novela, fundamentada sobre arqueología de primera mano, provocó una animada polémica entre su autor y el destacado crítico Sainte-Beuve. En este momento se hizo claro el desvarío de la novela histórica en someterse a la instancia documental e histórica. El género entró en crisis, se desvirtuó y fue prácticamente abandonado. En nuestro siglo salieron algunas muestras esporádicas, entre las que don Amado destacó *Sonnica la cortesana* del valenciano Vicente Blasco Ibáñez, y *La glo-*

ria de don Ramiro del porteño Enrique Larreta. De esta manera se cierra esta ceñida presentación y análisis de la novela histórica, lo que crea un puente natural entre la primera y segunda parte de este volumen, ya que lo que sigue es un estudio sobre “El modernismo en *La gloria de don Ramiro*”.

Enrique Larreta dedicó cinco años de investigación histórica para recrear con toda la fidelidad posible la castellana ciudad de Avila en los últimos años del reinado de Felipe II, allá hacia 1590. El novelista recrea el mundo castellano en sus últimas pugnas entre cristianos viejos y moriscos, y a esta última casta pertenece el protagonista, que se enamora de la hermosa morisca Aixa, pero, arrepentido, la envía a la hoguera inquisitorial. Movido al máximo en sus sentimientos y emociones, don Ramiro huye a Indias, donde se arrepiente y muere.

El punto de partida de don Amado en su estudio es la liminar declaración suya: “*La gloria de don Ramiro* es una novela histórica hecha con prosa modernista”. El tinglado ideológico-estructural sobre el que se monta una novela histórica ya lo había estudiado don Amado en el ensayo anterior, por lo que se dedica ahora, en particular, a una valiosa presentación de los rasgos principales de la prosa modernista. Aquí hace notar que su más destacado artífice no fue su iniciador Rubén Darío, sino el extraordinario vate gallego Ramón del Valle-Inclán, muy en particular en sus cuatro *Sonatas*. Por consiguiente, el fino análisis que practica don Amado es válido y utilísimo para el acercamiento a cualquier prosista del Modernismo. El maestro Alonso destacó como rasgos permanentes de ese estilo, entre otros, los olores, las sensaciones del oído, el gusto y el tacto, las sensaciones internas, la percepción y el ornamento, y como todo esto culmina en el arte combinatorio de Larreta en su gran novela. En este estudio don Amado reveló los entresijos de *La gloria de don Ramino* como novela histórica, y, de mas valor aún para cualquier estudioso de la prosa castellana del siglo XX, nos presentó las características más destacadas que entraron en el amasijo de la prosa modernista.

En sus últimos años en el Instituto de Filología don Amado comenzó a desarrollar un vivo interés intelectual y estético en la poesía del gran poeta chileno Pablo Neruda, quien, a pesar de sus avatares políticos mereció el Premio Nobel en 1971. El maestro Alonso se aproximó a los versos de Neruda con las cautelas de un buen conocedor del *trobar clus* de los trovadores provenzales, ese versificar cerrado para muchos practicado por los poetas de Provenza. El resultado fue una magnífica monografía, *Poesía y estilo de Pablo Neruda*, que tuvo considerable éxito lo que le mereció dos ediciones, la última de Buenos Aires, 1951.

Hacia finales de su vida, y a instancias de Dámaso Alonso, director de la Biblioteca Románica Hispánica de la Editorial Gredos, como dije, don Amado decidió cribar y recolectar algo de su producción ocasional de crítica literaria. Fuera de compartir el mismo apellido, don Amado y Dámaso no tenían parentesco alguno: Dámaso era gallego y don Amado era navarro. El mundo, sin embargo, insistió en confundirlos, al punto que recuerdo la graciosa invención por un inocente señor de un mítico Damado Alonso.

Fue en el medio de esa sopesada labor de reunir su obra que le alcanzó la muerte. Dicha tarea de recolección fue ultimada por Raimundo Lida, su viejo compañero del porteño Instituto de Filología, que murió como Smith Professor of the Romance Languages aquí en Harvard, título con que nuestra misma universidad de Harvard había distinguido con anterioridad al propio don Amado. Yo tuve el inmarcesible honor de estudiar con ambos.

Este libro póstumo salió con el título de *Materia y forma en poesía*, y lleva una Advertencia preliminar de Raimundo Lida, fechada en Harvard University, 26 de mayo de 1954. Allí escribe Lida, con su acostumbrada y precisa agudeza: “El lector advierte al punto la presencia de un saber firme y de una contagiosa fuerza de simpatía que ve y dice las cosas con una precisión más que científica. Ciencia, sí, justa y respetuosa, y con ella una sabiduría que la anima y la rebasa, una íntima comprensión de lo poético, en sus muchos planos, en toda su compleja riqueza y su armónica organización”.

No cabe duda de que don Amado dedicó mucho tiempo y largas meditaciones a rondar y descifrar el fenómeno poético. En el primero de los ensayos recogidos en este volumen —o sea aprobado por el último vistazo que tendió nuestro gran crítico a su propia obra—, titulado “Sentimiento e intuición en la lírica” don Amado parte de una afirmación que ronda gran parte de su producción crítica sobre poesía. Lo que dice es esto: “Lo poético de una poesía consiste en un modo coherente de sentimiento y en un modo valioso de intuición”, Revelar esa coherencia y esa intuición no es labor de una primeriza tesis doctoral, sino que requiere ese fogonazo intelectual que alumbró la plurivalente obra de don Amado.

Los veinticinco artículos recogidos en este libro se pueden agrupar en tres amplios apartados. El primero es de aproximaciones teóricas al fenómeno poético, el segundo consiste en estudios de escritores españoles, y el tercero es de escritores hispanoamericanos. La nómina de escritores españoles comienza con Lope de Vega y remata con Jorge

Guillén, que en aquellos años enseñaba en el vecino Wellesley College, y con quien don Amado se echaba largas y ocasionales parrafadas. No faltan –no podían faltar– un par de luminosos artículos sobre Cervantes, y quiero destacar uno de ellos, “Don Quijote no asceta, pero ejemplar caballero y cristiano” por sus resonancias en la intimidad del crítico y lo que nos dice de él.

En la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, título que dio don Amado a la renacida y renovada *Revista de Filología Hispánica* había publicado el gran estilista y comparatista alemán Helmut Hatzfeld un artículo intitulado “¿Don Quijote asceta?”, así, con interrogación. Don Amado rechaza enérgicamente las alternativas que plantea el artículo –que no son para replantear ahora–, y comienza por decir que en el caso de don Quijote “sus desvaríos hieren a la razón, no a la religión”. Y ya puesto en el disparadero el maestro Alonso repele el fallo de Hatzfeld, que había sido expresado con la expresión de Pascal: “Il veut faire l’ange et fait la bête”. Con medidas palabras don Amado escribe: “Tanto mi razón como mi sentido católico se niegan a aceptar tal alternativa”. Aquí hablan al unísono el filólogo y el navarro, o sea, el hombre integral y ejemplar que fue don Amado Alonso. Mucho de todo esto surgía en los magníficos cursos ocasionales que el maestro dictó sobre el *Quijote*, de lectura repetida a lo largo de toda su vida.

Este apartado de los escritos ocasionales de don Amado, dedicados a escritores españoles, culmina con tres artículos dedicados a Valle-Inclán y su prosa. Ésta fue una temprana preocupación suya, como que desde su tesis doctoral se volcó hacia esos temas. Como sospecha Raimundo Lida en su Advertencia preliminar, los intereses de don Amado le hubieran llevado a redactar una sabia historia del ritmo de la prosa española, de no haber intervenido esa maldita y alevosa enfermedad

El último apartado que he practicado yo en el libro *Materia y forma en poesía* corresponde a los escritores americanos, que comienza, como es propio, con una aproximación a los “estilos americanos”. Rubén Darío, Paul Groussac, Ricardo Güiraldes, Alfonso Reyes, Eduardo Mallea, Eduardo González Lanuza y Borges, sobre todo Borges, a quien estudia como narrador y al que dedica un “Desagravio a Borges”. Al final de este último estudio estampa unas palabras que quiero citar porque nos revelan la lealtad del maestro hacia su patria adoptiva, cuyos políticos tan mal le pagaron, y así termino: “A todos debe importarnos muy seriamente el papel de nuestra literatura en el concierto internacional y la consideración que nuestro país se gane con ella”.